

---

# El Constructivismo: su revolución “onto-epistemológica” en Relaciones Internacionales

Constructivism: its onto-epistemological revolution in International Relations

Jonathan Arriola<sup>1</sup>

**Resumen:** En los últimos años, el constructivismo se ha consolidado como una de las alternativas más sólidas a las teorías realistas y liberales que desde la Segunda Guerra Mundial y hasta la caída de la URSS habían ejercido un dominio aparentemente indiscutible sobre la teoría de Relaciones Internacionales. Pero los trabajos de Onuf y Wendt, entre otros, aparecidos para finales de los 80 y principios de los 90, constituyeron un punto de inflexión en la historia de la disciplina al romper con el modelo ontológico y epistemológico positivista que tanto el realismo como el liberalismo habían adoptado y en cuyo marco se había desarrollado toda la discusión teórica de las Relaciones Internacionales desde el comienzo de siglo XX. Haciéndose eco de los desarrollos acumulados durante décadas en las áreas de la filosofía, de la antropología, de la lingüística y especialmente de la sociología, el constructivismo propuso un cambio radical de paradigma: lo que llamaremos en este trabajo como su revolución “onto-epistemológica”. Utilizamos ese peculiar término porque, en nuestra opinión, el constructivismo supuso una doble innovación: 1) a nivel ontológico, ya que concibe la realidad social no en términos de una estructura material dada sino como una “construcción” 2) a nivel epistemológico, ya que afirma que para conocer esa realidad debemos apelar a la hermenéutica, a la historicidad y al estudio de las ideas y del discurso. Concluiremos con unas reflexiones a propósito del estatuto del constructivismo, al que definiremos como una “meta-teoría” pues lo que propone, en el fondo, es una ontología del resto de las teorías de relaciones internacionales. Más aún, logra aportar un espacio de auto-consciencia en donde las teorías realista y liberal se revelan como discurso más que como ciencia.

**Palabras claves:** constructivismo; epistemología; relaciones internacionales.

**Abstract:** In the last years, constructivism has consolidated itself as one of the most solid alternatives to the liberal and realist theories, which since the Second World War until the fall of the Soviet Union had exercised an apparently indisputable dominium over the theory of International Relations. But Onuf's and Wendt's works, among others, which appeared by the

---

<sup>1</sup> Universidad de la República (UdelaR). E-mail: jon.arriola@hotmail.com.

end of the 80' and beginnings of the 90', constituted a turning point in the history of the discipline since it broke radically with the ontological and epistemological positivistic model which both realism and liberalism had embraced and within which all the theoretical discussion of International Relations had developed since the commencement of 20th century. Echoing the plethoric developments accumulated for decades in the areas of philosophy, anthropology, linguistic and especially sociology, constructivism proposed a radical change of paradigm: what we call in this paper its "onto-epistemological" revolution. We use that peculiar term because, in our opinion, constructivism involved a double innovation: 1) at the ontological level, since it conceives the social reality not in terms of a material and already-given structure but rather as a "construction" 2) at the epistemological level, since it affirms that in order to know such reality we must appeal to hermeneutics, historicity and the study of ideas and discourse. We will conclude with some reflections regarding the statute of constructivism, which we define as a "meta-theory" because what it proposes, in its core, is an ontology of the rest of the theories of international relations. Moreover, it provides a space of self-consciousness where the realist and liberal theories reveal themselves as discourse rather than science.

**Keywords:** constructivism; epistemology; international relations.

„Wir leben immer in einer Welt,  
die wir uns selbst bilden.“

Johann G. Herder  
*We construct worlds we know  
in a world we do not.*'

Nicholas Onuf

## 1. Introducción

### a) *El auge del constructivismo*

En los últimos años, grosso modo, desde finales de los 80' hasta esta parte, el constructivismo en Relaciones Internacionales definitivamente se ha consolidado como una de las alternativas más sólidas a las teorías realistas y liberales, en todas sus variantes y sub-géneros, que, desde la Segunda Guerra Mundial, habían ejercido un dominio indiscutido, y aparentemente indiscutible, sobre la reflexión internacional.

El *World of Our Making* (1989) de Nicholas Onuf junto con el *Anarchy is What States Make of It* (1992) de Alexander Wendt, dos de los textos fundacionales del constructivismo, constituyeron un punto de inflexión en la historia del pensamiento teórico de la disciplina. Y ello porque, ante todo, lo que Onuf y Wendt lograron hacer con sus respectivas propuestas fue romper con el modelo ontológico y epistemológico positivista que tanto el realismo como el liberalismo presuponían, tal vez no del todo conscientes, y en cuyo marco se había desarrollado toda la discusión teórica en Relaciones Internacionales desde principios de siglo XX. Haciéndose eco de los desarrollos acumulados durante décadas en las áreas de la filosofía, de la

antropología, de la lingüística y especialmente de la sociología, el constructivismo, en un movimiento kuhiano, propuso para la disciplina un cambio radical de paradigma.

Escudado en su nueva epistemología, el constructivismo se abrió paso justamente por allí donde el realismo y el liberalismo, y sus respectivas versiones “neo”, o bien no habían explorado lo suficiente o bien ni siquiera lo habían intentado debido a un esencial desinterés teórico<sup>2</sup>. De esa forma, el constructivismo cobró un fuerte impulso, y fue así que la literatura de enfoque constructivista virtualmente explotó para los años 90. Quizás los ejemplos más destacados de esa inusitada proliferación sean el *National Interests in International Society* (1996) de Crawford, el *Legitimacy and Power Politics* (2002) de Bukovansky, el *Revolutions in Sovereignty* (2001) de Philpott, *Rethinking the World: Great Power Strategies and International Order* (2007) de Legro, entre otros autores<sup>3</sup>. Con esta prodigiosa producción intelectual, se redescubrieron viejos problemas, más que nada los ligados a la contingencia histórica, y se iluminaron otros, tales como los del origen, significación y legitimación de la idea de soberanía. Problemáticas todas que las teorías realistas y liberales habían sencillamente ignorado, al haberse anclado en enfoques más bien del tipo estructuralista e institucionalista, de corte positivista y racionalista, de preeminente carácter transhistórico<sup>4</sup>.

En ese punto es bueno advertir que, en realidad, y a la luz de los múltiples desarrollos que ha tenido recientemente, no es preciso hablar de “el” constructivismo, como si fuera una corriente única, internamente consistente. Existen, como en el caso del realismo y del liberalismo, dentro del mismo paradigma constructivista distintos acentos y enfoques, que han pautado diferencias tanto en las líneas de investigación como propiamente teóricas. De hecho, es porque los desarrollos del constructivismo fueron tan rápidos como

---

<sup>2</sup> Ejemplos de esas áreas enteras olvidadas por estas teorías, eran el estudio hermenéutico de la historia y la definición del papel de la identidad cultural, del discurso y de la intersubjetividad en la construcción del sistema internacional.

<sup>3</sup> Christian Reus-Smit, en su *Leyendo la historia con una mirada constructivista* (2002) pág. 65, hace una enumeración exhaustiva de los trabajos de corte constructivista que aparecieron a partir de 1989.

<sup>4</sup> Para ver una discusión más profunda sobre el carácter transhistórico de esta, en contraposición con el carácter contingente del constructivismo, ver el artículo de Samuel Barkin *Realism, Constructivism, and International Relations Theory* (2009).

dispar, que, como muy bien retrata Stefano Guizzini en su “*Reconstruction of Constructivism in International Relations*” (2000), algunos autores, como Adler, Checkel, Hopf y también él mismo, se han empeñado en la tarea de reconstruir, con vocación sistematizadora, la coherencia interna del movimiento, amenazada, en algún punto, por la avalancha de artículos de eclécticas perspectivas que aparecieron en los últimos años<sup>5</sup>.

Pero las razones para este particular auge del constructivismo, son varias. Sin embargo, a grandes rasgos las podemos dividir en dos: por un lado, las exógenas, es decir, las que provienen por fuera de la reflexión teórica propiamente dicha y, por otro, las endógenas, a saber, las que surgen de un desarrollo interno sea al pensamiento internacional mismo o en disciplinas aledañas. Comencemos por las primeras.

**b)** *Caída de la URSS y sus implicaciones teóricas*

Uno de los factores exógenos que más coadyuvó a la enjambreada constructivista de los años 90 fue, sin dudas, la inesperada caída del muro de Berlín y el subsiguiente derrumbamiento de la URSS. El motivo por el cual estos acontecimientos fertilizaron el terreno para el constructivismo es muy sencillo y evidente: los mismos marcaban el fin de la Guerra Fría, y significaban, por sobre todo, el final del marco histórico-estructural que había amparado la emergencia de varias teorías de relaciones internacionales, sobre todo, el neorrealismo de Waltz y el neoliberalismo de Keohane y Nye, que habían ejercido un predominio casi monopolístico. En general despreocupadas por comprender los cambios sistémicos, puesto que éstos, se aducía, eran excepcionales, ambas teorías se vieron totalmente sorprendidas por los sucesos históricos que desencadenaron el final del comunismo y de una bipolaridad que se había creído falazmente como sempiterna. Es que esos cambios difícilmente podían ser explicados o predichos por unas teorías de fuerte prosapia positivista como las suyas, siempre desveladas por intentar desentrañar las

---

<sup>5</sup> En efecto, Guizzini apunta muy bien la problemática a la que hacemos referencia: “The sheer diversity seems to make the category of constructivism explode. Consequently, the plethora of recent survey articles decided to give constructivism a better coherence either by emphasizing a single particular view (Adler, 1997), by picking out particular approaches for discussion (Checkel, 1998) or by providing typologies (Hopf, 1998).” (2000: 148-149)

hipotéticas leyes naturales que regirían la estructura objetiva e invariable del sistema internacional, que por atender las contingencias históricas, a menudo retratadas como accidentales o accesorias<sup>6</sup>.

Pero, por su magnitud para el sistema internacional en su conjunto, el desplome de la Unión Soviética y, como consecuencia, de toda la estructura político-ideológica que se había montado alrededor de ella, no podía ser, bajo ningún punto de vista, un episodio histórico teóricamente marginalizable: convocaba a una reflexión profunda no sólo sobre la naturaleza del sistema internacional sino también sobre los fundamentos y, por ende, la validez de los enfoques teóricos planteados hasta el momento. Y es que, ante todo, la debacle soviética trajo al centro de la escena lo que el realismo y el liberalismo se habían empeñado en negar: en primer lugar, la ineludible importancia de la *historia* a la hora de entender el desarrollo de las relaciones internacionales y, en segundo lugar, la necesidad de elaborar una teoría que efectivamente pensara los cambios estructurales y no como meras excepciones.

Hasta entonces, principalmente el realismo, se había enfocado en la producción de un instrumental teórico que pudiera dar cuenta, en clave fuertemente cientificista y mecanicista, del funcionamiento de la estructura internacional. Pero, por otro lado, estaba completamente huérfano de toda reflexión metafísica sobre la naturaleza profunda de esa estructura: a saber, su origen histórico, sus despliegues internos y su temporalidad. Tenía una teoría sobre cómo se daban las interacciones al interior de la estructura, no obstante, carecía de una teoría sobre la estructura misma. Simplemente se asumía que estaba “dada”, como el mundo trascendental de Platón o las ideas innatas de Descartes, y que, teniendo ese supuesto como base, podrían descubrirse sin más los patrones básicos del comportamiento internacional.

Sin embargo, ¿cómo era posible explicar la Perestroika y la Glásnost de Gorbachov parados desde el paradigma realista que asumía, con bastante ligereza, la existencia de una estructura a priori y supuestamente atemporal? Con la caída de la URSS, no pudo sino reconocerse o, mejor dicho, terminar de

---

<sup>6</sup> Un ejemplo de episodio catalogado de “secundario” fue el de la guerra de Vietnam. Y es que, parados solamente desde el paradigma realista, resultaba difícil entender por qué los EE.UU. decidían retirarse derrotados cuando su interés nacional al iniciar la guerra era el mismo que al terminarla.

reconocerse, que el mundo internacional era definitivamente más complejo de lo que señalaban los presupuestos del realismo, cuya larga hegemonía teórica en la disciplina comenzaba a ser rápidamente socavada. En general, los realistas se vieron obligados a aceptar que, a la luz de lo sucedido, en la estructura internacional existen, cuanto menos, algunos “puntos de fuga” por donde su teoría falla.

Es que el fin del mundo bipolar reveló que no bastaba sólo con “medir” el poder nacional, definido generalmente en términos materiales, identificar la posición de los actores (Estados) en el sistema y, a partir de allí, derivar, como en un silogismo, unos intereses nacionales que aparentemente estarían abstraídos del espacio y del tiempo. Por otro lado, tampoco satisfacían los intentos, para finales de los años 90, más cosméticos que sustantivos, emprendidos por el realismo neoclásico de autores como Rose, Aferro y Labell<sup>7</sup>, que buscaban matizar el materialismo, por momentos recalcitrante, del realismo así como su enfoque metodológico preeminentemente holista, al señalar respectivamente la importancia de las ideas y de las elites en la toma de decisiones. El problema con estos intentos de revitalización del realismo es que, en lo esencial, mantenían el mecanicismo tosco sobre el cual el realismo había fundamentado su estructuralismo y con el cual había funcionado sin mayores dificultades por más de medio siglo. Pero justamente era ése mecanicismo lo que había que reformular.

Entiéndase bien, no se trataba de abandonar completamente el estructuralismo, si bien eso fue lo que propusieron en general las teorías posmodernas, sino de señalar sus evidentes carencias y limitaciones teóricas. En ese sentido, podemos decir que luego de la caída de la cortina de hierro, se convino en señalar que una teoría materialista del sistema internacional era ciertamente necesaria pero, en ningún caso, suficiente por sí misma para agotar la complejidad intrínseca de las relaciones internacionales. Siendo muy lacónicos, podemos decir que la tarea urgente era la siguiente: había que conservar el estructuralismo pero, a la vez, había que superarlo, poniéndolo en

---

<sup>7</sup> Los textos más importantes de estos autores que propiciaron el surgimiento del realismo neoclásico son: *Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy* (1998) Jeffrey Tali Aferro, *Neoclassical Realism and Extraction: State Building* (2009) y *Threat Assessment, the State and Foreign Policy* (2009) de Steven E. Labell.

nuevos términos. Y fue precisamente labor, casi hegeliana por lo que tiene de dialéctica, la que llevó a cabo el constructivismo al conjugar el enfoque estructuralista con una perspectiva, más que idealista —puesto que el concepto tiene connotaciones epistemológicas que no son asimilables al constructivismo— ideacionista ya que subraya la importancia de la intersubjetividad, de las ideas y de la historicidad en la conformación de cualquier estructura social, sea nacional o internacional.

Con esta perspectiva teórica novedosa, el constructivismo se volvió rápidamente exitoso en los círculos académicos pues con su parsimonia característica evita caer tanto en los excesos del materialismo como en los del idealismo, logró conquistar el llamado *middle ground* entre la teoría realista y liberal, que había estado vacante durante mucho tiempo y que el post-estructuralismo de las teorías posmodernas no supo capitalizar<sup>8</sup>.

c) *El agotamiento del positivismo*

Pero no sólo el abrupto final de la Guerra Fría desbrozó el camino para el constructivismo. Como ya señalábamos, también hubo agotamientos y desarrollos conceptuales y epistemológicos, tanto a nivel de las ciencias sociales como de la filosofía, que llamaron a replantear el problema de las relaciones internacionales por fuera de la ya vetusta dicotomía realismo versus liberalismo.

Uno de los procesos más importantes que incidieron en la conformación del constructivismo, fue el progresivo debilitamiento del positivismo para los años 70 y 80, el cual había funcionado como base epistemológica del realismo y, aunque en menor medida, del liberalismo. Hay que apuntar aquí que ese agotamiento no se constató solamente en el ámbito específico de las Relaciones Internacionales sino que afectó más ampliamente a todas las ciencias sociales y aún más allá. El autor constructivista Nicholas Onuf, en su texto *The Strange Career of Constructivism in International Relations* (2002), describe muy bien el ambiente intelectual de esos años cuando se comenzó a sospechar y, más aún, a cuestionar abiertamente los fundamentos de la ciencia positivista. Así señalar:

---

<sup>8</sup> GUZZINI, Stefano. *A Reconstruction of Constructivism in International Relations*. En: *European Journal of International Relations* 2000. CA and New Delhi, Vol. 6(2): 147.

“Scholars have always raised questions about accepted ways of seeing. Beginning in the 1970s, their numbers increased, in the 1980s dramatically. Some critics came to the radical conclusion that we know not what we see, and delude ourselves into thinking that we do. A few others began to see worlds as never-ending construction projects involving even themselves as agents, and realized that they needed new and different tools—tools for making worlds and not just for seeing them.” (Onuf, 2002).

Lo que estaba sucediendo era, nada menos, que una auténtica revolución epistemológica acaecida en el seno mismo del pensamiento occidental, que no pudo menos que repercutir en las Relaciones Internacionales<sup>9</sup>. Es que nos encontramos en los albores de la posmodernidad y, por lo tanto, se advierte ya un profundo desgaste de los llamados meta-relatos típicos de la Modernidad, que, como señala Lyotard en su *La condición posmoderna* (1979), habían apuntalado el desarrollo de la ciencia moderna: el más importante de ellos, el del “progreso”.

En efecto, es por entonces que el “binomio indisociable” ciencia-progreso, sobre el cual la Ilustración había montado un proyecto civilizatorio de una ética, una política y, en fin, de una sociedad “científica”, comenzó a resquebrajarse. Los Bachelard y los Kuhn, en la estela de la revolución de Einstein, y luego los Lakatos y los Feyerabend dejaron en claro que el progreso en materia de conocimiento era decididamente más complicado que simplemente acumular y avanzar linealmente, como habían previsto inicialmente los Turgot y los Condorcet y, en general, el grueso de Las Luces.

Por otro lado, también se suscitaron en el campo de la antropología, de la sociología, de la lingüística y de la semiótica varias *coupures épistémologiques* cuyo resultado más significativo, siendo esquemáticos, fue el de hacer patentes las carencias del estructuralismo en la comprensión de la realidad social. Pero lo importante a destacar, a los efectos de este trabajo, de todas estas “revoluciones” es que todas ellas convergieron en señalar, principalmente para

---

<sup>9</sup> A ese respecto, es oportuno recordar que ya para el final del 60 se constata un “revitalización” de la epistemología, sobre todo a partir del llamado “problema de Gettier”, que puso en jaque a la definición tradicional de conocimiento como una “creencia, verdadera y justificada” e inspirase nuevas y numerosas investigaciones.

los 70, que muchas de las asunciones de la ciencia positivista<sup>10</sup> resultaban, en realidad, insostenibles a la luz de los nuevos desarrollos conceptuales. En particular, la idea de que era posible acceder transparentemente a la naturaleza de las cosas y de que se podía estudiar a la sociedad de la misma manera que cualquier otro “hecho natural”, como pretendía Durkheim en la misma dirección que Marx y Comte, pasó a ser concebida más como la expresión de un deseo totalmente utópico que como una posibilidad certera sobre la cual fundamentar el conocimiento científico.

Esa objetividad realista a la que habían aspirado tanto el positivismo como el neopositivismo se transformó en una quimera ya que por se argumentaba que toda imagen de la Naturaleza, incluida, claro está, la imagen de la sociedad misma, por más distante que fuera simbólicamente hablando, presupone siempre al hombre no sólo como observador pasivo sino como constructor activo del objeto al que se enfrenta. En otras palabras: el nuevo paradigma epistemológico afirmaba que no hay fenómeno sin sujeto puesto que el segundo es la *condición de posibilidad* del primero. Y ello, amén de Kant, ya lo había visto Heisenberg<sup>11</sup> para la física de los años 30, cuánto más válido era para las ciencias sociales de los años 70.

De esa forma, se comenzó a trabajar sobre la concepción de que tanto el “objeto” sociedad como su conocimiento eran, en verdad, un ente artificial, una “*techné*” o construcción como la definió Hobbes en su momento. Quizás la corriente que más haya trabajado con esta concepción, sobre todo con la idea de que la sociedad es una suerte de artefacto, fue la ecléctica<sup>12</sup> Escuela Inglesa de Relaciones Internacionales, que tomó renovados impulsos con las obras de Wight, Bull, Vigezzi y Dunne, entre otros, a partir de los años 80. Por ese carril, la Escuela Inglesa abandonaba el crudo científicismo del positivismo, del que el realismo era claro portador, que ignoraba raudamente la especificidad ontológica de la esfera humana además de hipostasiar las relaciones

---

<sup>10</sup> En efecto, “Already in the 1970s, positivists showed signs of fatigue brought on by the demands of normal science. Fatigue made it all the more difficult to cope with dwindling resources as the Vietnam War came to an end, and fatigue did nothing to dull the disappointments due to the meager results that normal science had posted.” (Onuf, 2002)

<sup>11</sup> El texto en donde expone esa tesis es *La imagen de la Naturaleza en la física actual* (1955).

<sup>12</sup> Decimos ecléctico porque la Escuela inglesa tiene influencias y afinidades conceptuales con diversas teorías de relaciones internacionales, tales como el realismo clásico, el neorealismo, las teorías críticas, el posestructuralismo además de los influjos grociano y kantiano.

internacionales al equiparlas con el resto de los hechos del mundo natural. Para esta nueva corriente de pensamiento de relaciones internacionales, sino ya constructivista, al menos claramente proto-constructivista, la anarquía del sistema internacional no es una estructura que, por sí misma, *determine* automáticamente una situación de *self-help* por parte de los Estados, como describe Waltz. Los mismos no se comportan solamente en base al principio hiper-racionalista de costo-beneficio sino que comparten con otros Estados intereses comunes y, en virtud de ellos, pueden, como había imaginado el contractualismo, decidir establecer normas e instituciones que regulen las interacciones. De esa forma, les es otorgada a los Estados la potestad de convertir esa anarquía estructural dada en algo diferente que un sistema en donde sólo se pueda practicar un egoísmo feudal.

Por otro lado, por esos años se asiste también a la emergencia del concepto de *identidad* tanto en sociología, en filosofía como en ciencia política, que trajo aparejado un renovado interés por el estudio de la cultura, propio de las teorías posmarxistas. A ello se sumó luego la ya mencionada caída del comunismo, lo que despertó una preocupación por las identidades nacionales que habían sido largamente ensombrecidas por el bicromatismo de la Guerra Fría.

Además de otros autores, quizás haya sido Bourdieu uno de los sociólogos más influyentes en dedicarle un lugar privilegiado en su reflexión al tema de la identidad y del multiculturalismo<sup>13</sup> –recuérdese, simplemente, a título de ejemplo, su *L'identité et la représentation* (1980)–. En este punto, hay que decir que Bourdieu no descarta el estructuralismo: lo que hace es historizarlo y dotarlo de una dimensión subjetiva, al concebir a las estructuras sociales, no como un fenómeno natural de orden objetivo sino como producto de una historia colectiva, tejida constantemente por las prácticas sociales y, por lo tanto, no determinista. De esa manera, Bourdieu no sólo le imprime a la idea de estructura un nuevo significado sino que lo hace de tal modo que, al mismo

---

<sup>13</sup> “In democratic theory, this shows up in the discussions about multicultural societies (Taylor, 1992; Kymlicka, 1995). More generally, it reverberates in the debates about the social construction of collective identities in the form of *Imagined Communities* (Anderson, 1991), and our construction of others, like Edward Said’s (1979) *Orientalism*. In International Relations, poststructuralists deconstructed the practice of sovereignty as the historical solution to the problem of cultural pluralism and universalism.” (Guzzini, 2000: 154)

tiempo, logra también recuperar, por la vía de rescatar la intersubjetividad, la importancia de la *agencia* en la definición y conformación de cualquier estructura.

Por otro lado, el concepto de identidad también se volvió fundamental para atacar las teorías de la elección racional, que eran la consecuencia natural del modelo positivista de ciencia. Dichas teorías, aún para finales de los 70 gozaban de buena salud –de hecho, el *Theory of International Politics* (1979) de Waltz es un ejemplo de esa metodología– y permitieron fundamentar lo que se dio en llamar el “twinning” del neorrealismo y del neoliberalismo de los años 80 (Baldwin, 1993). Los modelos matemáticos y la formalización pasaron a dominar la escena, y en algunos círculos académicos hasta el día de hoy. Pero las ciencias sociales, poco a poco, se despegaron de este modelo y, en su lugar, señalaron que los intereses, sean éstos individuales o colectivos, no están simplemente dados *a priori* por ocupar un determinado lugar o función en la estructura sino que se configuran libremente en el incesante juego de las subjetividades.

Demás está decir que todas estas innovaciones conceptuales y metodológicas que mencionamos serán cristalizadas por la teoría constructivista, en lo que Onuf llama el *constructivistic turn*, y, en particular, por los textos de Wendt que, en general, estarán fuertemente impregnados de una tónica sociológica.

## 2. La revolución onto-epistemológica del constructivismo

Hasta aquí nos hemos remitido a señalar tan sólo algunas de las condiciones exógenas y endógenas que propiciaron la emergencia de la teoría constructivista en las Relaciones Internacionales. Ahora bien, en vista de ello, es válido preguntarse cuáles son efectivamente los aportes específicos del constructivismo al análisis de las relaciones internacionales que constituyen renovación de la disciplina. Algunos de ellos ya los hemos adelantado. Pero quizás el aporte más importante sea lo que llamaremos su revolución “onto-epistemológica”. Utilizamos ese término porque el constructivismo supuso ciertamente una doble innovación: tanto a nivel ontológico, a saber, a nivel de su concepción de cómo es la realidad (social), como a nivel epistemológico,

esto es, a nivel de si se puede o no conocer esa realidad y, en caso afirmativo, de qué manera.

a) *Ontología*

La revolución ontológica más importante del constructivismo con respecto a las teorías predominantes hasta su aparición es, como ya hemos mencionado, el reconocimiento expreso de que la realidad social no es sino una *construcción intersubjetiva*. El realismo y, en menor medida, el liberalismo funcionaban sobre la base de una ontología realista, prohijada del positivismo, según la cual la estructura de la realidad era de pleno accesible por los sentidos y fácilmente asible por la conciencia, método científico mediante. No obstante, el constructivismo, en el fondo, por lo que tiene de idealista, rechaza esa concepción objetivista de la realidad por considerarla ontológicamente más compleja.

Pero entiéndase bien: que el constructivismo crea que el mundo social no está dotado de una objetividad maciza y transhistórica sino que es configurado por las prácticas sociales y por las ideas no quiere decir que el mismo incurra en el extremismo de un idealismo absoluto que no reconozca nada más allá de los propios contenidos mentales o de las propias prácticas sociales. Si el mundo internacional del realismo y del liberalismo era uno donde las condiciones materiales se imponían indefectiblemente a los Estados, al punto el mundo social era casi que un mero reflejo del mundo material, el mundo internacional del constructivismo es principalmente uno en donde el mundo de lo social ejerce la predominancia. En esas concepciones, que muestran una preferencia o bien por el mundo material o bien por el mundo social, se vislumbra aquella *decisión ontológica* que distingue al constructivismo de las demás teorías de las relaciones internacionales.

En este punto, es preciso aclarar que la revolución constructivista no consiste en negar la importancia de la materialidad y de sus evidentes constricciones, mucho menos en negar la existencia de un mundo exterior independiente de toda construcción social. El constructivismo no es, de ningún modo, un solipsismo. La revolución consiste, más bien, en señalar que esa materialidad no determina *linealmente* el comportamiento de los Estados y/o de

los demás actores internacionales. Con ello, queremos decir que, ante todo, el constructivismo quiere dejar de pensar el funcionamiento de la realidad social en los rígidos términos de causa y efecto, de estímulo y respuesta, como había hecho hasta entonces el positivismo y, por extensión, el realismo, ya que dicho modelo que no admite ningún tipo de desviación o de excurso. Dicho de otro modo: el constructivismo quiere romper con el acendrado determinismo ontológico del realismo porque el mismo no deja espacio alguno para la libertad. En efecto, contra ello, el constructivismo argumenta que así como existe una estructura material que ciertamente constriñe a los actores a tomar determinadas rutas de acción, así también existe una estructura ideacional, formada por las prácticas sociales y los discursos, que son esencialmente libres y espontáneos, y que otorgan una determinada identidad a los Estados, enmarcando así sus posibilidades de acción.

En ese sentido, es oportuno dejar en claro que el constructivismo es, a la vez, *idealista* e *ideacionista*. Idealista en el sentido de que cree en que la conciencia coparticipa activamente en el conocimiento del mundo y de que es imposible una tajante distinción ontológica entre mente y mundo. E ideacionista porque cree que la influencia de las ideas es tan o más importante para comprender la estructura internacional y sus desarrollos históricos que la materialidad pura y dura, como defendía, a grandes rasgos, el realismo y, en menor medida, el liberalismo, pasando por alto la diferencia ontológica que, según el constructivismo, existe entre el mundo natural y el mundo social.

En última instancia, estas diferencias enraízan en una concepción distinta de la naturaleza humana, que siempre funciona a modo de zócalo, sea explícito o implícito, de todas las teorías de relaciones internacionales. Precisamente, mientras el realismo opera con una imagen del hombre que pone el acento en sus dimensiones biológica y racional, el constructivismo, adoptando una postura decididamente existencialista, es reticente a afirmarse en una concepción esencialista de la naturaleza humana. Y ello por la sencilla razón de que cree que el hombre no está, ontológicamente hablando, determinado *a priori* por ninguna esencia que lo anteceda sino que es él mismo quien se forja libremente a través de sus proyectos (existenciarios) y, en especial, a través de los proyectos intersubjetivos que emprenda. En ese

sentido, el constructivismo es claramente afín a aquella sentencia sartreana de que la “existencia precede a la esencia”.

Ahora bien, aunque para la realización de sus proyectos, el hombre es libre, no lo es *enteramente*. De nuevo el constructivismo evita caer en los extremos: a saber, no es un voluntarismo. En efecto, reconoce que esos proyectos quedan acotados por las estructuras materiales y/o intersubjetivas dadas de antemano y que los actores no tienen más remedio que aceptar. Claro que aceptar no quiere decir someterse pasivamente: significa, más bien, que será *a partir* de esa plataforma ya constituida que los actores podrán desplegar sus posibilidades.

Obviamente que esto que es válido para el individuo, lo es también para los Estados, a los cuales el constructivismo toma como unidades (culturales) esenciales, base del sistema internacional<sup>14</sup>. Ciertamente, la anarquía estructural, las instituciones internacionales, los discursos hegemónicos y la distribución del poder constituyen el tejido de condicionantes materiales e ideales que simplemente se imponen. No obstante, para el constructivismo, los Estados tienen un margen de libertad para transformar esa realidad que viene ya constituida en algo nuevo; claro que siempre manteniéndose dentro de las constricciones que ese punto de partida ha establecido irremediabilmente. Pongámoslo de otro modo: si el realismo había imaginado una estructura objetiva y, por ende, rígida y fija, de la cual los Estados no eran sino una simple correa de transmisión, el constructivismo imagina una estructura plástica e histórica, que puede ser modelada por la libertad de los actores en sus interacciones.

Desde el punto de vista ontológico, para el constructivismo, la anarquía política estructural del sistema internacional en sí misma, no significa nada y, en consecuencia, no puede *determinar* nada para los actores que se encuentren circunscriptos en ella, como piensa el realismo. Es que, para los constructivistas, hasta antes de pasar por el tamiz de la intersubjetividad, de la representación discursiva y de la construcción imaginaria, la anarquía simplemente “es”: está, desde el punto de vista normativo y/o simbólico,

---

<sup>14</sup> Y eso más allá de que, desde el punto de vista metodológico, el mismo sea proclive, al igual el neoliberalismo y el neorealismo, a estudiar las élites.

completamente vacía, tanto como la famosa *tabula rasa* de Locke. Solamente en la medida en que esa estructura conceptualmente desnuda se haga depositaria de algún tipo de contenido semántico o ideacional es que podrá entrar en el mundo de los significados y cobrar así relevancia para los actores que en ella se muevan. Mientras ello no suceda y permanezca ontológicamente indeterminada, la anarquía es sólo una *potencialidad*. Únicamente a través de los contenidos simbólicos generados a partir de la intersubjetividad podrá imprimírsele a esa estructura objetiva un *ethos* particular. De allí precisamente el famoso adagio de Wendt, otra vez de fuerte reminiscencias sartreanas<sup>15</sup>, en donde afirma que la “anarquía es lo que los Estados hacen de ella”, y con el que el autor no hace sino subrayar la elasticidad intrínseca de todo lo que el realismo y el liberalismo, atrincherados en el paradigma objetivista del positivismo, habían tenido por “dado” y “vinculante”.

En realidad, hay que decir esta concepción ontológica del constructivismo, tanto en su versión sociológica como internacionalista, no es radicalmente nueva. Aunque no lo señalen expresamente, es notorio que el constructivismo tiene claras resonancias kantianas pues su propuesta no trabaja con *noúmenos*, esto es, con realidades “a secas” a las que se puede acceder límpidamente, sino con *fenómenos*, es decir, con hechos procesados por las matrices conceptuales y categoriales de la consciencia, por los aparatos de percepción sensorial, llámense los sentidos, y principalmente por las construcciones sociales y culturales, en las que se incluyen tanto las discursivas, las imaginarias como las históricas. En otras palabras: para el constructivismo, desde el punto de vista ontológico, no hay hechos –o, más bien, estos no sólo serían inaccesibles sino también irrelevantes para su teoría– solamente representaciones de esos hechos y a ellas es a lo máximo a lo que se puede aspirar, epistemológicamente hablando. De esa forma, esta corriente logra trazar una línea entre lo que es el *objeto en sí* y lo que es el *objeto de conocimiento*, el cual se torna inteligible en la medida en que se exponga en el marco de las prácticas culturales.

---

<sup>15</sup> Lo decimos por el famoso apotegma de Sartre “el hombre es lo que hace con lo que hicieron de él.”

Por otro lado, en el constructivismo se deja entrever también, y valga el excursus, una influencia, tal vez no directa pero claramente constatable, de Johann G. Herder<sup>16</sup>. En efecto, este filósofo alemán, reaccionando contra el cientificismo desenfrenado de la Ilustración, inauguró la tradición hermenéutica, el historicismo y los abordajes lingüísticos, concepciones epistemológicas y metodológicas que evidentemente constituyen el patrimonio teórico del constructivismo. Más aún, el acápite de este trabajo intenta poner de relieve que fue Herder de los primeros en visualizar al mundo social como una *construcción subjetiva* más que como otro ente natural, impulsando lo que se convertiría luego en las *Geisteswissenschaften*, que serían contrapuestas, bastante artificialmente<sup>17</sup>, a las *Naturwissenschaften* promulgadas por la Ilustración.

#### b) *Epistemología*

Amparado en esa ontología que venimos de describir, el ejercicio constructivista *par excellence* –muy similar, por cierto, al de deconstrucción de Derrida, implícito ya en la hermenéutica heideggereana– consiste en desmontar, una por una, todas esas determinaciones que se consideran producto de la estructura material y descubrir detrás de ellas lo que éstas tienen de construcción social. Así opera, por ejemplo, con el concepto de *self-help*, el cual, según el realismo, se deriva directamente de la situación de anarquía. Sin embargo, lo que el realismo ve como una realidad que no podría ser de otra manera en virtud de la estructura objetiva imperante, para el constructivismo no es sino, y como repite Wendt, una mera *institución*, forjada históricamente a partir de las interacciones y convenciones intersubjetivas que son contingentes. Pero que el realismo confunda lo que es una creación social artificial con determinante material, que sería de la anarquía, no le resulta extraño al constructivismo. Y ello porque la repetición de ciertas prácticas sociales lo que hacen es afirmar y reafirmar las instituciones artificiales que configuran el

---

<sup>16</sup> A propósito, recomendamos ver el excelente artículo titulado “Johann Gottfried Herder” disponible en la página de Stanford: <http://plato.stanford.edu/entries/herder/>

<sup>17</sup> Decimos artificialmente porque en los últimos años se ha empezado a cuestionar esta oposición tan tajante que se algunos autores se han empeñado en sostener por décadas. Un ejemplo de ello es el trabajo de Peter Hanns Reill, titulado *Science and the Construction of the Cultural Studies in the Late Enlightenment Germany* (1994) en donde el autor expone que los rudimentos de las *Geisteswissenschaften* fueron echados por la Ilustración, en especial, por lo que él llama la “Ilustración vitalista”, más que por los historicistas y hermeneutas alemanes del siglo XIX.

mundo social hasta el punto de reificarlas y generar el espejismo de ser realidades naturales. Es justamente por esa vía de la repetición que la *techné* se camufla en *physis* y ha engañado, para el constructivismo, tanto la ontología como la epistemología del realismo y del liberalismo.

En este punto, no se puede dejar de notar que la crítica constructivista a las teorías clásicas de relaciones internacionales es verdaderamente demoledora pues allí donde éstas dicen lidiar con estructuras de la realidad “*en sí*”, el constructivismo no ve sino el reflejo de los contenidos proyectados por los acuerdos intersubjetivos. Peor aún, principalmente el realismo había creído que era posible estudiar las relaciones internacionales situándose por fuera de ellas. Su modelo era el modelo positivista del observador no observado. Sin embargo, el constructivismo acusa al realismo de haberse constituido en uno de esos mecanismos reproductores de prácticas sociales. En particular, el realismo habría apuntalado ideológicamente a los conceptos de soberanía e interés nacional, que son el fundamento de las relaciones internacionales actuales.

Visto de ese modo, para el constructivismo, si hasta ahora el realismo ha sido efectivo en la descripción de las relaciones internacionales no es porque, como alega, haya tenido un acceso privilegiado, digamos “límpido”, a una hipotética estructura objetiva de la realidad sino porque su discurso se ha vuelto precisamente el *discurso hegemónico* y, por medio de él, ha terminado por imponer, de manera subrepticia, el esquema determinista que aduce sólo estaría extrayendo de la realidad. En ese sentido, el realismo, muy a pesar de su pretendida vocación científica, tendría una fuerte faceta teleológica, en la medida en que sería el paladín (inconsciente) de una determinada estructura ideacional, que gobernaría el desarrollo de las relaciones internacionales tanto como la estructura anárquica. Lo que sucede es que para el constructivismo, la teoría realista no es, como pretende ser, un conjunto de enunciados constatativos, de meras proposiciones analíticas, sino de enunciados performativos<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Este de recordar que esta célebre distinción entre *enunciados constatativos* y *enunciados performativos* fue trazada por el filósofo británico John Langshaw Austin en su famoso *How to Do Things with Words* (1962).

Y allí yace justamente otro de las grandes “rupturas” onto-epistemológicas del constructivismo. Mientras el neorrealismo y el neoliberalismo, y en especial el primero, apuntaban a producir teorías libres de todo contenido normativo, esto es, teorías puramente descriptivas, el constructivismo descarta de plano esa aspiración. Dada su epistemología, digamos “pos-positivista”, el constructivismo asegura que, en el caso del mundo social, la realidad se *hace*, esto es, se construye al tiempo que se enuncia. Ante sus ojos, tener otra pretensión es ignorar alegremente la particularidad ontológica de la esfera humana. Allí no ejercen soberanía sólo las leyes naturales sino también los valores, los significados y, sobre todo, el sentido. Por eso desde el punto de vista de la explicación científica, es inapropiado quedarse solamente en el nivel de la observación, válido para las ciencias naturales, como hicieron el realismo y el liberalismo. Si se ha de entender plenamente la realidad internacional, es necesario pasar el plano de la acción. En efecto, el mundo social no es un conjunto de cadenas causales, empíricamente determinadas, sino más bien un conjunto de acciones intencionales, que operan en el marco de inteligibilidad dado por el significado y el sentido.

Es por lo anterior que, en última instancia para el constructivismo, de las relaciones internacionales no obtendremos conocimiento, al menos no en el sentido que le dan las ciencias duras, sino solamente interpretaciones. De allí que, en cuanto a su metodología, el constructivismo opte principalmente por la hermenéutica, que es el arte de la interpretación, de develar el significado y de dilucidar el sentido. A su vez, el constructivismo es consciente de que esas interpretaciones, en tanto parte integrante del mundo social al que intentan comprender, afectarán inexorablemente a la realidad interpretada. Como consecuencia de lo anterior, el constructivismo logra visualizarse a sí mismo como el agente social que es. Y probablemente sea esa auto-consciencia de la que es portador, la diferencia específica más importante que tiene esta corriente de pensamiento en relación a al resto de las teorías.

Esto último que acabamos de decir reenvía a otro problema quizás más esencial: a saber, el de cuál es el estatuto teórico del constructivismo. Más concretamente, el constructivismo: ¿es una teoría, un paradigma o simplemente

una epistemología? Aquí somos de la opinión de que, en realidad, el constructivismo no es una *teoría* en el sentido clásico del término pues no es simplemente un conjunto proposiciones acerca de cómo las cosas son. Más bien, el constructivismo parece ser una *meta-teoría* ya que, en el fondo, lo que propone es fundamentalmente una ontología de las teorías de relaciones internacionales. Precisamente, lo que hace el constructivismo es señalar que no sólo hablamos del ser sino que el ser, entendido como realidad social, es más bien el efecto del decir. Es así que logra aportar un espacio de auto-consciencia en donde las teorías realista y liberal remueven el yugo de un positivismo objetivante para revelarse a sí mismas esencialmente como discurso más que como ciencia, en el sentido duro. A la luz de la ontología constructivista, más que teorías descriptivas, tanto el realismo como el liberalismo serían indefectiblemente teorías normativas porque, en principio, las relaciones internacionales no son en sí mismas ni realistas ni liberales sino que *pueden serlo*.

Por otro lado, con su epistemología, el constructivismo también logra que las hipostasis, producto de la repetición de ciertas instituciones, prácticas y discursos se muestren justamente como eso que son: formas sociales reificadas a las que hay que desesencializar a través de la hermenéutica. Ante todo, el constructivismo constituye un recordatorio de que más allá de las estructuras, de las imposiciones y constricciones objetivas e intersubjetivas, las relaciones internacionales, como el resto de la realidad social, pueden ser lo que los actores quieran que sea. Y he ahí el núcleo duro de su revolución onto-epistemológica.

### **Referências Bibliográficas**

BARKIN, Samuel. *Realism, Constructivism, and International Relations Theory*. En: American Political Science Association, Toronto, Canada, September 3, 2009.

BRASPENNING, Thierry. *Constructivisme et réflexivisme en théorie des relations internationales*. En: AFRI (Annuaire Français de Relations Internationales) Volume III - 1er Janvier 2003. pp. 314-329. Disponible en Internet: <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/FD001435.pdf>

- GUZZINI, Stefano. *A Reconstruction of Constructivism in International Relations*. En: *European Journal of International Relations* 2000 SAGE Publications, London, Thousand Oaks, CA and New Delhi, Vol. 6(2): 147–182.
- HOPF, Ted. *The Promise of Constructivism in International Relations Theory*. Source: *International Security*, Vol. 23, No. 1 (Summer, 1998), pp. 171-200. Disponible en Internet: <http://www.jstor.org/discover/10.2307/2539267?uid=3737664&uid=2&uid=4&sid=21102536689857>
- KLOTZ, Audie; LYNCH, Cecelia. *Le constructivisme dans la théorie des relations internationales*. En: *Critique Internationale* N°2 - hiver 1999 pp. 51.62.
- NUGROHO, Ganjar. *Constructivism and International Relations Theories*. En: *Global & Strategis*, Th. II, No. 1, Januari -Juni 2008, hlm. pp. 85-98.
- ONUF, Nicholas. *The Strange Career of Constructivism in International Relations*. En: “Constructivist IR Research” Center of International Studies, University of Southern California, October 6, 2001.
- REILL HANNS, Peter. *Science and the Construction of the Cultural Sciences in Late Enlightenment Germany: The Case of Wilhelm von Humboldt*. En: *History and Theory*, Vol. 33. N° 3 (Oct. 1994), PP-345-366.
- REUS-SMIT, Christian. *Leyendo la historia con una mirada constructivista*. En: *Relaciones Internacionales*, Núm. 20, junio de 2012, GERI – UAM.
- WENDT, Alexander. *Anarchy is what Stakes Make of it: The Social Construction of Power Politics*. En: *International Organization*, Vol. 46, N° 2 (Spring, 1992), pp. 391-425.
- WENDT, Alexander. *Collective Identity Formation and the International State*. En: *The American Political Science Review*, Vol. 88, No. 2. (Jun., 1994), pp. 384-396.

Data de Recebimento: 01/07/2013

Data de Aprovação para Publicação: 01/08/2013